

ITALIA Y UNAMUNO*

He aquí un tema que no ha sido abordado, según creo, en su conjunto. Y, desapasionadamente, estimo que bien lo merece. Porque uno de los países que más atrajeron a don Miguel de Unamuno fué Italia: en sus paisajes, en sus libros y en sus hombres. Varias veces dejó dicho, en escritos públicos y privados, que donde más le interesaba la difusión de su obra, refiriéndose a los medios intelectuales de habla no española, era en Italia. Su deseo fué cumplido en vida, y después de su muerte ha proseguido la difusión firme y segura de sus escritos. En tales términos que, de haberlos alcanzado a conocer, hubieran satisfecho plenamente a nuestro autor.

Por todas estas razones vamos a abordar en las páginas que siguen este tema, al que nos iremos acercando pausadamente, señalando sus posibilidades, aunque alguna de ellas no sea analizada en su minuciosa entraña. He aquí los trazos que me parecen esenciales: los dos viajes de Unamuno a Italia; la presencia de ciertos poetas italianos en el hontanar de su obra poética; las figuras italianas que dejaron huella patente en sus escritos; la difusión que sus obras alcanzaron en aquel país; y su relación personal con algunos escritores contemporáneos suyos.

* Un extenso anticipo de este trabajo fué ofrecido como conferencia en el Instituto Italiano de Cultura de Madrid; en la primavera de 1953. De él se ocupó brevemente la revista de aquél centro *Cronache Culturali*, año III, fasc. 2, abril 1953, págs. 114-115. Ahora se publica por vez primera, más completo, y después de dotarle de la correspondiente bibliografía, que en aquella ocasión, como es lógico, fué omitida.

EL PRIMER VIAJE A ITALIA (1889)

En el mes de julio de 1889, el joven Unamuno, que aún no había cumplido los veinticinco años, emprende un viaje a Italia. Los altos de su itinerario son: Florencia, Roma, Nápoles, Milán y vuelta a Florencia. De él hizo un diario íntimo, no destinado a la publicidad, del que autorizó tan sólo una traducción parcial al italiano, muchos años más tarde; y de su visita a Pompeya escribió unas curiosas páginas que vieron la luz en 1892, a poco de instalarse en Salamanca como catedrático de Lengua griega de su Universidad. Ambos testimonios, poco conocidos sin duda, habían sido olvidados. El segundo lo dimos a conocer, hace ya diez años, en nuestra edición de *Paisajes del alma*. Es un artículo titulado «Pompeya», que envió el diario bilbaíno *El Nervión*.¹ Describe en él la visita que desde Nápoles, costeando las claras aguas del golfo, hizo a la que había llamado Walter Scott «la ciudad de la muerte», y que se presenta a los ojos jóvenes e inquisitivos del vasco como un cadáver despojado de sus preseas, que víctima de su verdugo, el Vesubio, le descubre cómo la muerte es un accidente de la vida. Es indudable, pese a lo somero de sus impresiones escritas que aquel clásico escenario debió remover los estresijos del alma al futuro profesor de Humanidades. Aunque no fué este paraje el que más hondamente se grabó en su alma. Las preferencias unamunianas, así lo confiesa en su diario, fueron para Florencia. Debemos el conocimiento de esta olvidada página al benemérito Gilberto Becari, el fiel traductor al italiano de gran parte de la obra de don Miguel, quien la incluyó en su libro *Impressioni italiane di Scrittori spagnuoli*, publicado en 1913.²

¹ «Pompeya. (Divagaciones)». Apareció en el número 12-VI-1892, y forma parte de la sección titulada «Notas de un viaje a Italia», en mi citada edición, *Revista de Occidente*, Madrid, 1944, págs. 29-33. Incorporado más tarde a la colección de *Obras completas*, Madrid, Afrodasio Aguado, tomo I, 1951, págs. 837-840.

² *Impressioni italiane di scrittori spagnuoli (1860-1910)*, Lanciano, R. Carabba, 1913. Contiene las de Pedro Antonio de Alarcón, Emilio Castelar, Miguel de

No debió ser fácil al amigo Beccari vencer la resistencia unamuniana a que fuesen conocidas las que él llama «notas de un diario íntimo, privado y personalísimo, escrito para uno mismo, sin la mínima idea de publicarlo», y al que asignó el valor de desahogo de un mozo. La Italia que visitó Unamuno en 1889, un año antes de casarse, la vivió con ojos de enamorado, que son, como nos dice, los más adecuados para verla bien. El primer sol italiano lo vio nacer entre blancas brumas, desde el tren, cerca de Pisa, tras un desfile acompasado de pinos, que le recordó a Guernica, la patria de su novia; y la llanura del Arno le hizo recordar a Aníbal. En una casa junto a este río «que lleva los suspiros del Dante» se alojó en Florencia, y bien pronto sintió envuelta su alma en historias que apenas conocía y en leyendas que impresionaron su ánimo. Florencia, donde descubrió a Fra Angélico, la ve como una ciudad silenciosa, con aroma de tierra, nido de quietud que exhala Renacimiento. Esa calma eterna, arropada por las sombras de Dante y de Maquiavelo, la pudo apreciar mejor tras el lujo de sol, de mármoles y de colores, que fueron para sus ojos Roma y Nápoles. «Estoy lleno de Florencia, —escribe—, quiero estudiar su historia». Y empieza a sentirla viva en sus bronces — los de Cellini y Juan de Bolonia— en los que halla más vida que en los mármoles del Vaticano; y en el Duomo, que le impresiona más que San Pedro. Y si el Cristo de Bandinelli le recuerda a su España, Florencia

Unamuno, Vicente Blasco Ibañez, Carmen de Burgos y Pío Baroja, por este orden. Las de Unamuno se titulan «La mia visione di Firenze. 1889». Dos cartas de Unamuno a Beccari aluden a aquellas. «Aquí van, amigo Beccari, las cuartillas prometidas. Las acabo de escribir con el diario de mis veinticinco años a la vista. Le gusta?». (Salamanca 25-I-1911). «Me alegro, mi querido amigo Beccari,—le dice en la segunda— que le haya satisfecho mi visión de Florencia. Para escribirla tuve que vencer la pereza de abatido que me domina. No, no me encuentro bien. Y lo peor es que noto se me va amargando y entenebrando el espíritu». (Salamanca, 11-II 1911). En este año hay, pues, que situar la redacción de estas páginas, pero utilizando las notas tomadas por el autor en 1889. Otro eco de este primer viaje de Unamuno, pero referido a su paso por Francia, se publicó en *Le Soleil du Midi*, de 13-X-1935, con el título «Mon Souvenir de Marseille».

le remueve el poso de su fé de niño, los recuerdos de su misticismo infantil en la Basílica del Señor Santiago, de Bilbao, que luego iba a ser cantada en una de sus poesías. La fecunda teoría de los pintores florentinos, las luces de oro de sus cuadros, el perfil grácil de sus madonas, le liberan de las garras de la gran cofradía de los positivistas de aquel tiempo, cuyo duro fenomenalismo había hecho estragos ya en su alma.

En los días que él visitó Florencia se hablaba de levantar un monumento a Savonarola, y no vacila en manifestar su disconformidad con el propósito. «Porque el espíritu de Savonarola— escribe—debe flotar libre del bronce y de la piedra, como el de su tiempo». No lo cree necesario. En cambio a Giordano Bruno, el racionalista, a ese sí.

Los Apeninos, coronados de nubes, le recuerdan a las montañas que vigilan a su Bilbao nativo, y el campo verde, dulce y suave, que rodea a la ciudad, los álamos envueltos en la yedra, y el surco plateado del Arno, que se pierde en las colinas azules, llegan a fascinarle. Y aquella mano juvenil escribe al abandonar este escenario que juzgó incomparable: «Salgo mañana, y tal vez no te veré más, Florencia mía! Llevo a Roma en la cabeza, grabada en mi fantasía; llevo a Nápoles en los ojos, grabada en mis pupilas; te llevo, Florencia, diluida en mi espíritu y en mi corazón».

Esto es cuanto se nos ha revelado de este diario íntimo, en el que también hay notas sobre las otras ciudades visitadas. Pero ninguna de ellas labró tan hondo como Florencia, ciudad, para él, nupcial y cristiana, en la que sintió enlazados el amor terreno y el amor celeste.

EL SEGUNDO VIAJE A ITALIA (1917)

En 1917 Unamuno tiene cincuenta y tres años, y es uno de los escritores españoles de más sólido prestigio. Desde que estalló la primera guerra europea no ha vacilado en mostrar su simpatía por los aliados. Al lado de ellos ha entrado Italia en la liza. Y es su go-

bierno el que invita a cinco escritores españoles a visitar el frente italiano. Uno de ellos es don Miguel. Los otros son Américo Castro, Luis Bello, Manuel Azaña y Santiago Rusiñol. Han transcurrido veinticinco años de aquella primera visita y todo, también el itinerario, es distinto. Lo es también la difusión de sus impresiones; antaño las recató en su diario, ahora pueden leerse en varios diarios y revistas españolas. Aunque reserve a las columnas de *La Nación*, de Buenos Aires, las primicias y los detalles de este viaje. Que como es natural no vamos a desmenuzar en sus etapas. Baste recordar que fué el centro de él Udine, en la paz secular del campo friulano, pese a la proximidad física de una Italia en guerra. Desde allí pudo visitar la zona de la antigua frontera austro-italiana, cruzar el Isonzo, el Cadore, el Piave, atravesar la desolada región del Carso, que le recuerda la reseca meseta aragonesa; escalar el San Michele, arañado por trincheras abandonadas; asomarse al Adriático, junto a Miramar, la roca que cantó Carducci, y ver allá lejos Trieste, la meta del obstinado empeño; recorrer Gorizia y las tierras que reivindicaba Italia en el murallón de los Alpes. Allí descubre, en la toponimia de la región, cómo con los nombres italianos van entrando las vocales, o anota curioso los episodios de una lucha a muerte entre los pueblos del vino y del aceite con los de la cerveza y la grasa. Y como final del recorrido, Venecia, a la que llegan en una noche de luna, única luz que consienten las previsiones bélicas, y que le recuerda aquel verso de Shakespeare que tanto gustaba de citar Unamuno: el que dice que estamos hechos de la misma materia que nuestros sueños. Una Venecia entrevista en días angustiosos, medio ocultos sus perfiles monumentales más delicados en la ortopedia de los sacos terreros; sin parques ni jardines, toda ella agua, conciencia del paisaje, fluída cómo la historia, reflejando el cielo y el suelo urbano³.

³ «Fuí a visitar el frente—le escribe a Benedetto Croce un año después—. Estuve en Milán, Udine, Gorizia, el Cadore, Venecia, etc. No pude bajar a Roma como fué mi deseo, ni buscarle. Tomé aire y sol, ví paisajes espléndidos—como el de Cortina d' Ampezzo—pero no tuve la ocasión de entretenerme con mis buenos amigos de esa». (Salamanca' 13-VII-1918).

De aquel sueño de Italia en guerra, que Unamuno ve animada por la sombra de Mazzini—alguna vez la evocó junto al torreón de las Ursulas, frente a su casa de Salamanca - más que por la de Maquiavelo, germanizado, mefistofelizado ya, se trajo una impresión vital que quisiera ver proyectada sobre una España neutral, de espaldas a la contienda europea, y ese será el tema de sus numerosos artículos en la prensa española. ¿Qué hace España?, le preguntaban sus amigos italianos. Y mientras tanto la joven Italia, arma al brazo, lucha por su independencia civil, que es la conciencia histórica de su destino. Allí trabó amistad con Mario Puccini, a quien ya conocía por carta y de cuya novela *Foville*, había hablado a los lectores españoles en 1914. Y de los escritores italianos del momento les habla a sus colegas españoles, ponderándoles la gran empresa en que este país está empeñado.

Este fué el segundo y último viaje de Unamuno a Italia. Tuvo lugar en el otoño de 1917 cuando ya sus cabellos grises anuncian el de su vida, pero templado su ánimo en la adversidad, y tenso por la pelea. Lo que de él asimiló—lo que se traspasó, al menos, en sus escritos—es la lección de una Italia en guerra que él hubiera querido que fuese imitada en la España neutral, y neutra, de entonces. Si el primer viaje le deja un regusto de tono lírico, éste de ahora le suscita una consecuencia principalmente política⁴. Y aun anheló volver una tercera vez a Italia, pero—como le escribía a Mario Puccini—«con calma y sosiego, y no sólo a ver paisajes y ciudades sino a hablar con gentes».

⁴ He aquí los escritos unamunianos surgidos de este segundo viaje: «Una visita al frente italiano», en *La Nación*, Buenos Aires, noviembre y diciembre, 1917; «De vuelta de Italia en guerra. Una nación joven», en *El Mercantil valenciano*, 24-X-1917; «La guerra de Italia», en *Iberia*, Barcelona, agosto, 1918; «Mazzini y la República», en *La Publicidad*, Barcelona, 28 X-1918; «Por el pueblo serbio», en *La Nación*, Buenos Aires, 25 VII-1918; «A nuestros autores», en *El Figaro*, Madrid, 11-III-1920. De todos ellos son los dos del diario argentino los que detallan el itinerario seguido por Unamuno y sus compañeros españoles; que se desarrolló en las primeras semanas del mes de septiembre de 1917.

POETAS ITALIANOS EN LA POESIA DE UNAMUNO

El primer libro poético de Unamuno se publica en 1907 y lleva por título el genérico de *Poesías*. Pero este quehacer unamuniano data de ocho años atrás, de 1899, fecha en que publica sus primeras poesías en la *Revista Nueva*, madrileña. La tarea de componerlas es un poco anterior. Así, al menos, se deduce de la carta que dirige al director de dicha publicación, Luis Ruíz Contreras, el 14 de mayo de 1899. «Al mismo tiempo que esta carta—le dice—recibirá usted una *poesía* (jji), que le remito para la revista y que deseo le guste. Subrayo esa palabra y le añado tres admiraciones, porque es la cuarta vez, desde hace catorce o quince años, que escribo versos. [Esto nos sitúa los inicios de su tarea en 1884 o 1885]. No sé lo que le parecerán éstos, pero he puesto el alma en ellos». Se refiere a la poesía titulada «La flor tronchada», que efectivamente vió la luz en dicha revista. Pero sigamos, porque en esta carta hay una revelación que interesa a nuestro tema: la presencia de algún poeta italiano. «En cuanto al artificio externo o formal—añade—están inspirados en la manera italiana de hacer el verso libre, sobre todo Leopardi. Los asonantes, y aun consonantes, que van entre los versos sueltos, los he dejado caer adrede, porque, si bien sé que la «preceptiva» comúnmente aceptada en la versificación castellana los rechaza en verso libre, no lo creo fundado en principio alguno de estética acústica. Nadie me quita de la cabeza que cuantos aseguren que les disuenan los asonantes en verso libre, es porque los oyen con «oído preceptivo». Por lo demás, tal preceptiva no rige en Italia, sin duda por tener allí el oído menos delicado que en Castilla lo tienen. Leopardi los usa, y en *La ginestra* hay hasta cuatro asonantes al final de cuatro versos consecutivos»⁵.

⁵ Publicada, junto con otras en el libro de Ruíz Contreras, *Memorias de un desmemoriado*, Madrid, 1946, págs. 155-156. Sobre las actividades poéticas del autor véase mi libro, próximo a salir ya, *Don Miguel de Unamuno y sus poesías*, Salamanca, Acta Salmanticensia, Serie de Filosofía y Letras, tomo VIII, 1954.

Y así, leyendo a los poetas italianos como Leopardi—luego serán citados otros nombres—no sólo va labrándose Unamuno su credo poético, sino cumpliendo una promesa que se hizo cuando visitó Florencia en 1889, ya que él mismo proclamó en 1911 que su lectura de estos autores «es posterior y se debe en gran parte a esta visita».

En el último pasaje que de esta carta he transcrito hay otra revelación: Unamuno traductor de Leopardi. Y precisamente de su poesía titulada *La ginestra*, cuya versión en verso castellano hay que situar en este año, aunque no fuese incorporada al volumen de sus poesías hasta 1907. Nos lo revela, sin género alguno de duda otra carta suya a su gran amigo, el navarro Pedro Jiménez Ilundain, al que le dice en 24 de mayo de 1899. «Mi propósito es publicar en un tomito mis poesías, con dos traducidas, una de Leopardi y otra de Coleridge. [La titulada «Reflexiones al tener que dejar un lugar de retiro»]. Tengo la pretensión de que mi poesía aporta algo a las letras españolas de hoy. En su forma—insiste—es casi toda, no toda, al modo del verso libre italiano, y el resto en romance endecasílabo»⁶. «En la poesía de Leopardi—ha escrito Carlos Clavería—debió descubrir Unamuno no sólo medios de expresión... sino ciertos temas que podían encontrar paralelo en sus poemas». Es el caso, por ejemplo, de su extraordinario poemisa «Aldebarán». Las correspondencias de esta obra con alguna concreta del poeta italiano—el *Canto notturno di un pastore errante dell'Asia*—han sido señaladas. La reciente publicación de un estudio sobre *Aldebarán*, debido a Diego Catalán, plantea y aclara, creo que definitivamente, la génesis de este poema. Porque en la tradición literaria del tema entra también Fray Luis de León, y su noche serena. Escrito «Aldebarán» en 1908, publicado en una revista - *La España Moderna*, al año siguiente -, pero no incluido

⁶ En el libro de Hernán Benítez, *El drama religioso de Unamuno*, Buenos Aires, Universidad, 1949, hecho como es sabido, a base del nutrido epistolario cruzado entre autores, pág. 295.

hasta *Rimas de dentro*, en 1923, ha de tenerse en cuenta la primera fecha para comprender ese «leopardismo» unamuniano ⁷. Y Leopardi, como veremos, fué una de las sombras fieles en el mundo poético de D. Miguel, quien en otra carta de 1901 le proclama uno de sus maestros de poesía.

El otro fué, con toda seguridad, pero por otros motivos, Carducci. Dos versiones poéticas de él figuran en el tomo de *Poesías*, publicado en 1907, pero que hay que adelantar a unos años antes. La primera de ellas es la titulada «Miramar», que tradujo en 1904, en la misma estrofa sáfica de su famosa oda «Salamanca», que es también de este año. Cuando en 1917 se asomó Unamuno al mar Adriático, al visitar el frente italiano, desliza en el relato de sus impresiones viajeras, un par de estrofas de su versión castellana. La otra poesía es «Sobre el Monte Mario», que, si no me equivoco, debió de hacer en 1906, año extraordinariamente fecundo para su quehacer poético. En una carta de diciembre de este año, le comunica al poeta catalán Juan Maragall lo siguiente: «Traduzco también a Carducci. Como ejercicio es admirable, pues me obliga a hacer míos sentimientos e ideas de otros. Y si no los hago míos no los traduzco bien. El traducir— por libre impulso, claro está— es lo que más enriquece el espíritu. Después de haber acabado una de esas traducciones [entonces hacía otras de poesías del propio Maragall, y de Browning] me siento más yo, acrecentado con lo que ellos me han dado. Porque cada amigo que cobro— y hago amigos míos a quienes traduzco— me sirve más aún que por lo que de sí me da que por lo que de mí mismo me descubre ⁸. Y esas dos traducciones de Carducci, acompañadas de una carta las

⁷ Carlos Clavería. «Notas italianas en la «Estética» de Unamuno, en el libro *Temas de Unamuno*, Madrid, Gredos, 1963, pág. 134. Véase la n. 20 en esa misma página y la siguiente. Diego Catalán Menéndez-Pidal, «Aldebarán», de Unamuno. De la noche serena a la noche oscura», en *Cuadernos de la Cátedra de Miguel de Unamuno*, Salamanca, IV, 1953, págs. 43-70.

⁸ Carta fechada en Salamanca el 13-XII 1906. Incluida en el libro *Unamuno y Maragall. Epistolario*, Barcelona, Edimar, S. A., 1951, pág. 36.

envió para que fuesen leídas en el homenaje que el Ateneo de Madrid rindió en diciembre de 1906 al gran poeta italiano, al que pocos meses más tarde dedicaba las espléndidas páginas que hoy pueden leerse en su libro *Contra esto y aquello*. «De buena gana os diría algo—escribe en ellas a sus lectores argentinos—respecto a la técnica carducciana y a sus tan discutidos metros; pero tengo en prensa un tomo de poesías—os lo anuncio ya; creo me ha de ser permitido esto—y como entre ellas hay más de una compuesta en la misma horma, por ahora me callo. Y en ese mismo tomo, en que a mis poesías originales hago seguir cinco o seis traducidas, van dos de Carducci»⁹. Lean los curiosos la nota de ese volumen de versos sobre estas traducciones de poesías ajenas.

Y bajo estos auspicios claramente confesados sale a las librerías el primer volumen de poesías de Unamuno. «Son lo más mío que he hecho—le escribe a Jiménez Ilundain al enviarle un ejemplar—y aun cuando aquí en España han sido recibidas con la desconfianza de la extrañeza—el autor contaba entonces cuarenta y tres años—por ahí fuera y en América se hacen su camino»¹⁰. Este libro, del que ha dicho Luis Felipe Vivanco, que es «un libro de poesía densa y desnuda, religiosa y castellana, poco musical y nada modernista», tiene inserto en él este doble avatar italiano. Y fueron muchos los que no lo recibieron con la vigilante atención que se merecía—hay que exceptuar a R. Darío—, tal vez por que no participaba del santo y seña del modernismo ambiente, que es justamente lo que su autor pretendía. «He de salir al paso a eso de que me llamen modernista—le escribe a su amigo el vallisoletano Francisco Antón—, ni por los asuntos, ni por la forma. Esta

⁹ En una carta dirigida a Eduardo Marquina, el 19 XII-106, inédita, le da cuenta del envío que ha hecho para la velada que el Ateneo de Madrid dedicó a Carducci con motivo de su muerte. Las páginas que dedicó al poeta italiano llevan por título «A propósito de Giosué Carducci», están firmadas en 26-III-1907, y pueden leerse en el libro *Contra esto y aquello*, Madrid, 1912, págs. 181-192. El pasaje transcrito en la página 186.

¹⁰ Carta de 29-VII-1904. Hernán Benítez, *ob. cit.* pág. 417.

es la que se les ha atragantado... El modernismo gusta de la rima y las busca *ricas*; yo creo que ese bárbaro artificio, nacido en la decadencia romana, es un halago meramente sensual de oídos poco finos y ataraza el pensamiento. Casi las mismas cosas que me están diciendo se las dijeron a Carducci cuando empezaba, y él continuó sin hacer caso, como continuaré yo. Soy vizcaíno, es decir terco, y el tiempo y yo contra todos»¹¹.

El entusiasmo de Unamuno por Leopardi y por Carducci fué indeficiente a lo largo de su obra literaria, y no sólo poética, sino de toda laya. Hacer un recuento de las ocasiones en que los cita o de los pasajes en que aduce versos y aun estrofas íntegras de sus poesías, sería menester que alargaría estas páginas. Baste decir que hubo versos enteros o expresiones leopardianas y carduccianas que adquieren el valor de tópicos en sus escritos.

Lo que le atrae en Carducci, al que no vacila en llamar «el más grande acaso de los poetas del mundo entero en el tránsito del siglo XIX al XX», es su condición de poeta civil por excelencia, el ser el poeta del patriotismo y de la unidad italiana. Lo que don Miguel echa de menos, por ejemplo, en Rubén Darío, cuyo «exceso de cosmopolitismo le ha impedido hacerse más universal». Y estas frases que siguen, dirigidas al poeta chileno Ernesto A. Guzmán: «Las tremendas pasiones políticas de Carducci, su fanatismo por la unidad italiana, su adoración a Garibaldi, su odio a los Habsburgos y a la Iglesia es lo que le da universalidad. El Dante fué un hombre henchido de las pasiones locales de Florencia, [y no fué la única vez que Unamuno asoció ambos nombres, los de Carducci y Dante, desdeñosos y fuertes los dos]. Si Darío no ha sentido su Nicaragua ¿cómo iba a sentir Versalles? Y a pesar de esto es un excelente poeta»¹².

El eco de sus lecturas de poetas italianos no se extingue con el

¹¹ Carta de 9 VIII-1907, inédita.

¹² Carta de 20-V-1910. Publicada en *Boletín del Instituto Nacional*. Santiago de Chile, año XIV, núm. 35, noviembre de 1949, pág. 13. Véase también su artículo «sobre la desdeñosidad (glosa dantesca y renaniana)», publicado en 1917, e incluido en mi edición *De esto y de Aquello*, Buenos Aires, 1953, tomo III, págs. 62-66.

libro *Poesías*. Si hojearnos con atención el que le siguió, el titulado *Rosario de sonetos líricos*, que aparece en 1911, volveremos a encontrarnos algunos nombres ya para el autor familiares y propicios en su quehacer poético. Sobre todo Carducci, que desde la primera página se nos presenta con dos versos rotundos—lema de todo el libro—de sus *Rime nuove*, la dedicada precisamente al soneto, al que llama «breve y amplísimo canto», y el mismo que dijo del de Shakespeare «fuiste de arcanos dolores reclamo arcano». Y ya en la entraña del libro, fruto de cinco meses de trabajo, según su autor confiesa, reaparece Carducci en el soneto LVI, titulado «La encina y el sauce», que lleva por lema dos estrofas del canto «Alle fonti del Clitumno», a las que pertenecen dos expresiones que periódicamente hacen acto de presencia en la prosa unamunesca. Así en una de las últimas, de julio de 1931, refiriéndose a la encina castellana, escribe: «Negra — *ilice nera*— la llamó Carducci al cantar a las fuentes del Clitumno, y al maldecir al sauce llorón — *piangente salcio*— «amor de los tiempos humildes» — *amori d'umili tempi*»¹³.

Otro de los poetas italianos presentes en este segundo libro de versos de Unamuno es Dante, cuyo «*inferno*» sobre todo, fué su lectura constante, de la que bien pudieran aducirse copiosos testimonios. El de estas páginas se halla en el soneto XXVIII, titulado «La gran rehusa», que no es otra que la del ermitaño calabrés que luego fué el Papa Celestino V. Y en el soneto CXXI nos tropezamos con un verso de Miguel Angel—*Vorrei veler, Signor, quel ch'io non voglio*—cuyos sonetos le pide a su amigo y traductor Gilberto Beccari un año después de publicado este libro.

Renuncio a puntualizar testimonios de la presencia de los poetas de Italia en otros versos unamunianos, para referirme como final de este apartado a un hecho bien revelador que él mismo nos ha descubierto. En 1924, cuando fué desterrado a una de las islas

¹³ «Entre encinas castellanas», en *El Sol*, Madrid, 11-VII-1931. Incluido en mi edición *De esto y de aquello*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1953, tomo II págs. 575-577.

Canarias, son dos de sus libros de cabecera los de otros tantos escritores italianos. Oigámosle: «No me traje a este confinamiento de Fuerteventura más que tres libros que caben en un mediano bolsillo: un ejemplar del Nuevo Testamento en su original griego, edición Nestle, de Stuttgart, en papel como tela de cebolla, y dos ediciones microscópicas, *vademecum*, de la *Divina Comedia* y de las *Poesías* de Leopardi, hechas por Barbèra, en Florencia. Y en esta edición de los trágicos poemas leopardianos he vuelto a leer aquel estupendo a la retama, la flor del desierto, — *La ginestra o il fiori del deserto*—, que hace años traduje en verso... Y nunca hubiera creído que esta flor del desierto me habría de acompañar y animar en la más fuerte de mis aventuras quijotescas. Y en este desierto, en esta noble soledad sahárica, he encontrado a la retama leopardiana *contenta dei deserti*. La de Leopardi erguía sus enjutos tallos en la árida espalda del formidable monte exterminador Vesubio; ésta reuerce sus óseos nervios al pié de la ruina de volcanes, en mayor desierto que el que se extendió sobre los cadáveres de Pompeya y Herculano»¹⁴.

Después de esta revelación nada debe sorprendernos el tropezar en los escritos unamunianos de estos años tan reiteradas citas y alusiones a textos poéticos dantescos y leopardianos, que un lector atento siempre está en condiciones de reunir; libros y autores a los que llamó, también por entonces, dos Colones del espíritu. Nada mejor para su ánimo en aquella coyuntura de su vida que esta compañía del desdeñoso y fiero Dante, o la del Leopardi al que llamó «uno de los apóstoles de la desesperación», y como complemento la lección tesonera y enérgica del sentido civil y patriótico de Carducci, para un hombre atormentado al que le dolía su España en lo más íntimo de su ser.

Y fué en 1934, dos años antes de su muerte, cuando en uno

¹⁴ «La aulaga mejorera», aparecido sin este título en la revista *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 31-V-1924. Lo incluí en mi edición *Paisajes del Alma*, Madrid, 1944, y hoy figura en *Obras completas*, I, págs. 890-892.

de sus «Comentarios», que entonces aparecían en el diario madrileño *Ahora*, nos revela otra de sus lecturas juveniles, la de Manzoni, recordada ahora a través del prisma doloroso de la política nacional. «Y así, he vuelto a Alejandro Manzoni, el gran poeta y novelista italiano, que tanto me recreó en mi mocedad», escribe. Pero es la que llama «la actualidad pasional de hoy y de aquí», la que encamina su evocación no tanto a las páginas de *I promessi sposi*, sino al cálido verbo poético del Manzoni de la vibrante oda «Il cinque Maggio». «Me la sabía de memoria toda ella antaño, aun hoy a trechos», nos dice. Y de ella elige, escarbando en su memoria, pasajes como éste, del que se siente solidario: «*vergin di servo encomio e di codardo oltraggio*», con el que proclama su actitud de fiera independencia—ni servil encomio ni cobarde ultraje—en aquellos momentos de la historia nacional del otoño de 1934¹⁵.

FIGURAS DE ITALIA EN LA OBRA UNAMUNIANA

Si en el mundo poético de Unamuno, al que están tan estrechamente ligadas, hemos descubierto la presencia de figuras de las letras italianas tan egregias y famosas como Dante, Leopardi y Carducci, no se piense que son las únicas. Son muchas y muy variadas también las que irrumpen a lo largo y a lo hondo de sus escritos en prosa. Hacia la mayor parte de ellas se sintió atraído por íntimas razones de tipo literario—fruto de sus lecturas—; pero otras le atrajeron por su dintorno político, por su modo de conducirse en la vida pública de su país. Es, por ejemplo, el caso de Mazzini o el de Garibaldi. Pero de todas adquirió una cabal idea y un no escaso caudal de su escribir y aun de su obrar, que está transparentando la familiaridad con que logró incorporarlas a su peripecia.

No creo necesario apilar las menciones que de sus obras hace, aportando en muchas ocasiones pasajes concretos, luego amplia-

¹⁵ «Reflexiones actuales» VII, *Ahora*, Madrid, 7-XII-1934.

mente glosados, ni parece conveniente imaginarse un sistema que justifique o señale preferencias del autor. Dos años antes de morir confesó Unamuno que su método de lecturas había sido alterado y cambiante—«de filosofía, de ciencias, de historia, de literatura, de filología—y en los distintos idiomas en que puedo leer»¹⁶. Uno de ellos fué el italiano. Porque como había escrito muchos años atrás—en 1908—«he tenido una especie de manía de aprender lenguas y un decidido empeño de explorar literaturas extranjeras, y en esta tarea me ha guiado siempre un principio de método, cual es el de hacer poco caso de aquellos a quienes se traduce, desde luego, y buscar más bien a los que, a juicio de sus compatriotas, son más castizos y genuinos representantes de su pueblo»¹⁷. Este criterio nos permite explicarnos la variedad de sus lecturas, y creo que acalla presuntas objeciones acerca de ciertas lagunas y de determinadas preferencias, enteramente personales y libérrimas. Veamos cuáles fueron algunos de los autores italianos que leyó y luego comentó. Seguiremos un orden cronológico en ellas¹⁸.

Antes de fin de siglo se fija en Gabriel D' Annunzio, cuyo esteticismo analiza, y cuyo antisocialismo combate, aunque no deja de reconocer que anida no poco fondo materialista y marxista en el socialismo. Un libro de Nitti, *Nord e Sud*, le da ocasión para referirse a ciertas prácticas políticas de la Italia meridional, para compararlas con la situación de la Andalucía caciquil de tiempos de Romero Robledo, a fines del siglo XIX. De pronto se entrega a la lectura de la conocida obra de Burckhardt, *La cultura italiana del Renacimiento*, y allí encuentra materiales para un tema con el que se

¹⁶ «Cartas al amigo, X», en el diario *Ahora*, Madrid, 7-X-1934.

¹⁷ «Cosmopolitismo y universalidad», en *La Nación*, Buenos Aires, 5-V-1908.

¹⁸ Para las lecturas italianas de Unamuno véanse los textos que reuní en la edición *De esto y de aquello*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, tomo III, 1953, págs. 41-98 donde figuran trece escritos. Así mismo lo que indico en el prólogo de este volumen, y no se olviden los temas italianos del libro *Contra esto y aquello*, Madrid, 1912.

había encariñado, hasta el punto de que anunciaba a sus amigos su propósito de dedicarle todo un tratado: el del erostratismo. Y es la figura de Olgiati, uno de los asesinos del tirano milanés Galeazzo Sforza, el que justificó su proceder pensando en la fama que con ello cobraría su nombre, el que merece su atención. Su comentario se resume en estos términos: «No hay en el mundo más que dos caminos: el de la seriedad honda, radical y esencial, que nos lleva a vivir y a obrar para la eternidad, y el camino tragicómico que nos hace vivir y obrar para la historia, atentos a la galería».

Con el título de «Culto al porvenir» dedica a sus lectores argentinos un largo comentario a la inquieta figura de Filippo Tommaso Marinetti, «este *enfant terrible* del arte—como le llama—que ha logrado hacerse simpático con sus travesuras a muchos que no toman en serio, claro está, sus travesuras». No, no le entusiasma a don Miguel el futurismo, aunque en las páginas de la revista *Poesía* viese la luz, ya en 1909, una de las primeras versiones italianas de un poema suyo titulado «Nubes de ocaso». Lo único que no le parece enteramente mal de este movimiento es una de sus campañas: la que aspiraba a evitar que Italia se convirtiera en un museo para turistas extranjeros que sólo atienden a su pasado sin parar atención en sus realidades presentes. El tema le llegó a lo vivo porque es también el caso de España, víctima, a su vez, de la miopía de no pocas mentes de visitantes extraños. Sólo el que tiene pasado puede tener porvenir, y predicando el culto a éste proclama su entusiasmo por aquél. Y al margen de este escrito de carácter público, el siguiente pasaje de una carta a su traductor y amigo Beccari, que hizo llegar a sus manos la revista del futurismo: «Y a propósito de *Poesía* le pregunta—¿qué casta de sujeto es Marinetti? ¿No hay en él algo de *farceur* y de *cabotín*? Me parece que mete demasiado *chiasso*. El manifiesto que me ha enviado lo encuentro disparatadísimo. Es desde luego una idea grotesca eso de que una revista funde, de golpe y porrazo y casi por decreto, una nueva escuela literaria. La revista misma parece enderezada a

la exaltación de Marinetti. Me parece — no sé si me equivoco — un ególatra sin fe en sí mismo. Para creer en sí busca que los demás crean en él»¹⁹.

Ciertos pasajes de la *Divina Comedia*, lectura, como ya sabemos, a la que Unamuno fué siempre fiel, aquéllos que se refieren a los que desdeñan la Justicia y la Misericordia, a aquéllos que vivieron sin infamia y sin alabanza, le llevan a establecer un certero parangón entre el alma desdeñosa del poeta Florentino y el *dédain* — el desdén — de Renán, aunque estableciendo sus distingos. Lo que le importa subrayar ahora es que el hábito del menosprecio tiene innegables excelencias, una de ellas, la de brindarnos un poderoso escudo que nos defienda y a la vez nos aisle de los ataques de la ramplonería ambiente. Y bien conocido es su odio, su *eroici furore*, como le gustaba decir con Carducci, que es casi una de las constantes de la obra unamuniana hacia esta manifestación de la tontería humana. A la novela *Foville* de Mario Puccini, al que había de conocer tres años más tarde durante su visita al frente italiano, le dedica un amplio comentario en 1914, y la obra de Pascual Villari sobre Maquiavelo, más algunos pasajes de las *Historias florentinas* de éste, le sirven para trazar unas curiosas páginas a las que titula «Maquiavelo o de la política». Y no sólo porque en ellas reaparece otro tema que le es muy caro, el de la política y la literatura, tantas veces abordado en sus escritos, sino por ofrecernos algunas noticias autobiográficas, por las que cruzan ciertas vivencias personales surgidas de la experiencia de su propia y reciente coyuntura: la de su destitución, por oscuros rencores políticos, del rectorado de la Universidad de Salamanca. «No importa, añade, cuando todos seamos huesos mondos, mis obras del espíritu quedarán, y no quedarán las de ellos, las de esos pobres políticos». De tal manera se interfería la propia dimensión humana del autor en cuanto leía y escribía.

Este tema de la política y las letras, al que me ha sido preciso

¹⁹ Carta de 5-III-1909, inédita.

dedicar, dada su densidad, todo un apartado en mi edición que título *De esto y de aquello*, reaparece seis años más tarde—en 1920—, cuando el autor corría las que llamó sus bravas tormentas políticas, en un curioso escrito que nos brinda otro punto de vista de un poeta italiano para él muy dilecto. Lleva por título «Leopardi y el periodismo». No es ahora el que llamó «máximo poeta del pesimismo, del nihilismo más bien», quien merece su atención como tal, sino el prosista que en uno de sus diálogos—el de Tristán y un amigo—proclamó su aversión a la prensa periódica, nutrida de improvisación y de premura, que tan mal se compadecía con la labor de quien aspiraba a labrar su verso para siempre. Con este escrito se abre un paréntesis en las lecturas de autores italianos por Unamuno, paréntesis que al cerrarse, doce años más tarde, trae de nuevo al primer plano de su atención otros libros y otros autores en los que refrescar su indeficiente inquietud, que no le abandonó en los últimos años de su vida.

Destacado en el primer plano de la vida política nacional, desde el advenimiento de la República, es ahora el libro de un viejo amigo—y ya hablaremos más adelante de esta amistad—el que le atrae. Me refiero a Benedectto Croce, cuya *Storia di Europa nel sécolo décimo nono* va a suministrarle no pocos temas para su constante meditar. El más importante de ellos el del origen del término «liberalismo», que paradójicamente acuñó y puso en circulación la España del siglo XIX. Y de pronto un viraje hacia más lejanos climas de las letras italianas. Un verso del *Orlando* de Ariosto, en el que aparece la palabra *Andología*, como sinónima de Andalucía, motiva un curioso escrito así titulado, en el que hay no pocas y certeras observaciones sobre la poesía española de todos los tiempos, desde un punto de vista que, en algunos momentos, nos recuerda el modo de sentir Nadler la literatura. «Y ello me sugirió—escribe refiriéndose al pasaje ariostesco—la fantástica especie de que acaso ciertos literatos andaluces—de verdadero gran mérito algunos—que andan ahora a vueltas con cierto andalucismo filológico y sociológico y etnológico y antropológico y todo me-

nos lógico, no sean acaso *andólogos* más que andaluces». Y refiriéndose a la presunta fogosidad andaluza, recuerda la finura y la frialdad del arte sevillano, y cómo dos sevillanos máximos, Bécquer y Antonio Machado, maduraron en «Soria fría». Tampoco Góngora tenía nada de fogoso, y en cambio, descubre mucho más fuego en San Juan de la Cruz, el de la tierra fría de Avila; y más rescoldo en Jorge Manrique, el de la paramera palentina. No acierta Unamuno a ver, y menos a sentir, esa batalla espiritual entre los diferentes climas poéticos de España, porque «la visión, — escribe — la idea, es cosa de luz, y la palabra, que es cosa de son, lo es también de fuego». Y si aquéllas pueden dar luminosidad, son las últimas, las palabras, las que dan fogosidad. Por eso rechaza el calificativo de frío, aplicado al El Escorial, que es más bien seco, y rechaza que sea considerada como fría la sequedad de Castilla. También es seco Quevedo, como Felipe II, pero no frío. En cambio estima que en este sentido más fría es la Alhambra, aunque sea más luminosa. A tales escudriños del alma española llegó en esta ocasión Unamuno tomando como punto de partida la andología ariostesca.

Finalmente, un libro italiano de aquellos años mereció la preferente atención de Unamuno, que llegó a dedicarle varios de sus escritos volanderos. Me refiero al de Níccolo Cúneo, titulado *Spagna cattólica e rivoluzionaria*. En uno de ellos nos brinda ciertas afirmaciones de subido interés, comentando las del hispanista italiano al resumir las ideas del propio Unamuno y las de Ortega y Gasset sobre España. «En cuanto a Unamuno — escribe, empleando la tercera persona — tiene éste que declarar — fiel a su tema — que no concibe un imperio espitual o cultural sino a base de la lengua», rectificando así ciertas manifestaciones suyas que en este libro se deslizan, retraducidas del francés. «Y he de añadir — insiste — ladeando falsas y estériles modestias, que si Ortega y yo hemos hecho algo por esa conquista del mundo a que el italiano Níccolo Cúneo nos azuza a los españoles, por esa revolución católica o catolicidad revolucionaria, sea fáustica, sea quijotesca, ha

sido, sobre todo, atrayendo a extranjeros curiosos, como él, a que nos lean en nuestro propio lenguaje,—en nuestros sendos dialectos personales de nuestro común romance castellano—, y acaso moviendo a algunos a que lo estudien para mejor oírnos. Y no es ello poco; lo podemos decir. ¡Y ojo con las traducciones!»

Que la lectura de este libro fué fecunda y apasionada nos lo muestra otro escrito en el que adoptó por título una famosa expresión de Carducci, cuya sombra titular reaparece así en los últimos años de la vida de Unamuno, «la afanosa grandiosidad española». Y hay con este motivo una curiosa mirada hacia aquel fecundo e íntimo movimiento espiritual que fué el krausismo, cuya españolidad proclama, aunque no fué formado en él Unamuno, que sólo leyó a Krause en resúmenes traducidos. «Al que leía—puntualiza—y para aprender en él alemán, era a Hegel. Y a Kant, ¡claro!. Esto a mis dieciocho años, y sólo, y sin guía. Pero llegué—nos dice—a respirar el aire espiritual krausista, difuso todavía en el ámbito culto, allá por los años de 1880. Cuando estudiaba con Ortí y Lara en la Universidad de Madrid. Aquel ambiente en que se deshacía la dogmática krausista, el que tan vivamente perfiló «Clarín» en uno de sus cuentos, en *Aquiles Zurita*». Y junto a los removidos recuerdos de sus años de estudiante, el de sus primeros encuentros con Kierkegaard, del que toma otra expresión: *delirium furibundum*, la cual relaciona con la *afanosa grandiosidad* de que escribió Carducci, conceptos ambos que él mismo confiesa haber azuzado en sus escritos, lo que motivó, tal vez, el título que un escritor francés eligió para la versión de algunos ensayos de Unamuno: *Verdades arbitrarias. España contra Europa?* «¿Contra Europa?—añade. ¿Cómo en la Contra Reforma?».

UNAMUNO Y PIRANDELLO

No quisiera dar fin a este apartado, de los que me he propuesto desarrollar, sin referirme a otro gran escritor italiano contemporáneo cuyo nombre ha sido asociado frecuentemente al de Una-

muno. Me refiero al de Pirandello, omitiendo, pues creo que todos lo recordarán, las circunstancias y los puntos de contacto entre ambos, tantas veces aducidos. Concretamente el de su modo de sentir e interpretar a sus propios personajes, más reales, en su circunstancia que el propio autor que les dió vida. No de otra manera había valorado Unamuno, ya en 1905, la superioridad de Don Quijote frente a Cervantes, fuente de donde arranca su quijo-tismo.

En cambio prefiero referirme, y creo que el testimonio debe ser irrecusable, a lo que el propio don Miguel dejó escrito acerca de este tema. En uno suyo olvidado fechado y publicado en 1923, que pronto será exhumado y podrá ser leído en mi edición titulada «*De esto y de aquello*»²⁰. Vió la luz en las columnas del diario bonaerense *La Nación* y lleva este título revelador: «Pirandello y yo». «Es un fenómeno curioso—comienza diciendo—y que se ha dado muchas veces en la historia de la literatura, del arte, de la ciencia o de la filosofía, el que dos espíritus, sin conocerse ni conocer sus sendas obras, sin ponerse en relación el uno con el otro, hayan perseguido un mismo camino y hayan tramado análogas concepciones o llegado a los mismos resultados. Diríase que es algo que flota en el ambiente. O mejor, algo que late en las profundidades de la historia y que busca quien lo revele». «Digo esto—añade—a propósito del sentido de la obra del escritor siciliano Luigi Piran-

²⁰ Figurará en el tomo VI y último, dedicado a los escritos de carácter autobiográfico. Está firmado en Salamanca en junio de 1923, y apareció en *La Nación*, de Buenos Aires, el 15 de julio siguiente. Pocos meses antes Ernest Boyd había publicado sobre este tema un trabajo titulado «Miguel de Unamuno: philosopher and novelist. Unamuno and Pirandello», del que sólo conozco la reseña publicada en la sección «The World of foreign Books», del diario *The New York Herald*, en su número dominical de 21-I-1923. El tema ha seguido interesando a la crítica extranjera. Véase, por ejemplo, estos dos trabajos. A. Lebois, «La révolte des personnages: de Cervantes a Raymond Schwab», en la *Revue de Littérature Comparée*, París, 1949, XXIII, págs. 482 y ss., en el que se refiere a la técnica pirandelliana del escritor español; y el de L. Leal, «Unamuno y Pirandello», en *Itálica*, 1952, XXIX, pág. 193 y ss.

dello, que lleva en Roma y escribiendo casi el mismo tiempo que yo aquí, en Salamanca, y que empieza a ser conocido y celebrado fuera de Italia después de haber alcanzado en ella una tardía fama... Cuando en 1917 estuve en Italia, nadie me habló de él. Y si ahora—[en 1923, no se olvide]—me he fijado en él y en su obra—que todavía conozco mal, muy fragmentariamente y sobre todo de referencias—débase a que le veo citar en Italia al lado de mi nombre... Y de hecho, en lo poco que hasta ahora conozco del escritor siciliano, he visto, como en un espejo, mucho de mis propios más íntimos procederes, y más de una vez me he dicho leyéndole: «lo mismo habría dicho yo». Y estoy casi seguro que... él, Pirandello, no conocía lo mío. Se siente su originalidad, y es precisamente por sentirle original por lo que me reconozco en él. Un escritor no se reconoce nunca en una imitación, por hábilmente hecha que esté».

Creo que todo lo anterior sitúa el problema en sus verdaderos límites. Y la clave de su explicación aparece en la consideración unamuniana contenida en estas palabras: «Hay un ingenio X, un yo más profundo que mi yo empírico o fisiológico y que el yo empírico o fisiológico del escritor Pirandello, que ha buscado ingenio en él y en mí, un Yo X, que diría Silvio Tissi, otro escritor italiano». Pues bien, «esta distinción entre el yo empírico o fisiológico y el yo trascendente—acaso inmanente—o histórico, es lo que emparenta nuestras sendas obras, la de Pirandello y la mía».

Holgaba, tras esta revelación, todo detalle posterior que la complementase, pero no sé hurtarme a apurar el escrito unamuniano hasta donde su propio autor nos lo permite. Vengamos, por lo tanto a los hechos concretos, aunque no se me oculta la íntima repugnancia que él siempre sintió por este medio de indagación. Recuérdense sus acerbas censuras contra los que llamaba «hechólogos». La primera vez que vió citado Unamuno su nombre junto al del escritor siciliano fué en una crítica de la traducción italiana de su novela *Niebla*, que tan excelente acogida logró en aquel país. Fué traducida por Gilberto Beccari y apareció en 1921. Y re-

firiéndose a las angustias del héroe de ella, Augusto Pérez, «al ver que le negaba yo,—añade—su presunto autor, existencia real e independiente, y al ver sus esfuerzos por sobrevivir, los ví comentados en relación con ideas de Pirandello, que constituyen toda una filosofía estética». Este creo que ha sido el punto de partida para establecer una relación entre ambos escritores. Pero no el único argumento aducido.

Conviene, sin embargo, que dejemos al propio D. Miguel puntualizarlos. Sentada la doctrina del yo fisiológico y del yo histórico, antes expuesta, otra de las concepciones que «ese yo incógnito sembró en Pirandello y en mí, fué el modo de ver y desarrollar las personalidades históricas—o sea de ficción—en flujo vivo de contradicciones, como una serie de yoes, como un río espiritual. Todo lo contrario de lo que en la dramaturgia tradicional se llama un carácter». Y este pasaje de Pirandello, que Unamuno corrobora asintiendo: «Cuando se nace personaje, cuando se tiene la dicha de nacer personaje vivo, se ríe uno de la muerte: no se puede ya morir!. El artista, el escritor, el mezquino instrumento de esta creación morirá, enhorabuena: pero su criatura no muere ya».

Otra expresión pirandelliana, que Unamuno subraya, es la de que los seres históricos, que llaman de ficción los hombres empíricos y fisiológicos, son, acaso, menos reales, pero más verdaderos: «Y qué es realidad?—se pregunta después de leerle—¿Qué es verdad? ¿Hay una realidad no verdadera? ¿Hay una verdad no real? Es todo el problema del arte y todo el problema de la filosofía. Es el problema de la historia». Aunque, «es la historia misma la que es un problema que se está de continuo desarrollando, resolviéndose a cada momento, y en el momento que se resuelve, y, por resolverse, volviéndose a plantear. Y el problema de la historia es más el de la verdad que el de la realidad».

Y fijándose en los relatos y cuentos de Pirandello—cortos, esqueléticos, concebidos y ejecutados como dramas con el menor número de acotaciones, y de modo que se les vea vivir, es decir, cambiar y contradecirse—fijándose sólo en los que dice conocer,

encuentra en ellos más honda verdad humana que en los más de los cuentos y de las novelas que pasan por realistas. Parejamente, argumentando con su propia obra, aduce el caso de su primera novela, *Paz en la guerra*, de innegable y proclamado fondo histórico, urdida en lenta maduración de decantadas lecturas coetáneas de los hechos en ella narrados, para compararlo con el de *Niebla*, y con el de *Nada menos que todo un hombre*, proclamando ser más verdaderos los héroes y personajes de éstas que el de aquélla.

Estas han sido, sumariamente puntualizadas las lecturas que Unamuno hizo de autores y libros, a los que creo es de estricta justicia, una vez más, aplicarles el agudo juicio de Julián Marías, a saber, el de ser fuente de personalidad y no de autoridad. Y en cuanto al caso concreto de Pirandello, deben ser recordadas las palabras de Carlos Clavería en un reciente ensayo: «La manera que tuvo Unamuno de leer— ha escrito— y de absorber y recrear sus lecturas, puede ahorrar a los estudiosos de su obra la necesidad de plantear cuestiones de «influencia», tan desacreditadas hoy en el campo de los estudios literarios; puede evitar la busca de «precedentes», que tanto irritaba a don Miguel. La originalidad de Unamuno fué revelándose en el contraste de su pensamiento con el de otros, y su obra creció casi siempre, señera e independiente, sobre un mar de citas, pareceres y confesiones sacadas de sus múltiples y dispares lecturas»²¹.

DIFUSION DE LA OBRA DE UNAMUNO EN ITALIA

En un trabajo reciente que he publicado en la revista italiana *Quaderni Iberoamericani*, he hecho una mención puntual de las traducciones hechas en aquel país de las obras de Unamuno. De ellas voy a utilizar ahora los datos que considero esenciales para el tra-

²¹ Carlos Clavería, *op. cit.* pág.

zado de este aspecto del tema que me he propuesto²².

Lo primero de Unamuno que se tradujo al italiano fué una poesía titulada «Nubes de ocaso». Vió la luz precisamente en la revista de Marinetti, *Poesía*, en 1909. La había dado a conocer su autor en las páginas de *La Lectura*, el año antes, y hoy forma parte del libro titulado *Rimas de dentro*. Llevó a cabo la versión Gilberto Becari, el que iba a ser desde entonces el más constante y benemérito difusor de la obra unamunesca en su país. De la excelencia de su tarea se hizo lenguas el propio Unamuno, públicamente, y en una carta a su traductor en estos términos bien halagüeños: «Hoy he recibido *Poesía*, de Marinetti con su traducción de «Nubes de ocaso». Gracias. Está muy bien, muy bien, muy bien. La he leído dos veces en voz alta y le digo la verdad: prefiero su traducción a mi original castellano²³. Es pues 1909 la fecha inicial de la difusión de las poesías de Unamuno en Italia. A la que es preciso añadir éstas: 1917, en que la revista *Cronache Letterarie* de Roma, da a conocer cinco composiciones del libro *Poesías*; 1921, en que Beccari ofrece en *La donna*, de Turín, el magnífico poema «Aldebarán»; y 1934 en que mi infortunado amigo Angiolo Marcori, publicó en *Italia Letteraria*, algunas de las que llamó su autor «visiones rítmicas», de su libro *Andanzas y visiones españolas*, y el poemita «Aldebarán».

Pero ha sido después de la muerte de Unamuno cuando su poesía más se ha difundido entre el público italiano: *El Cristo de Velázquez*, en 1948, según la versión de Antonio Gasparetti; y en la

²² «Versiones italianas de las obras de Unamuno», *Quaderni Ibero-americani*, Torino, vol II, núm. 13, febrero, 1953, págs. 269-273, en el que utilicé la información reunida por el profesor G. M. Bertini en su *Contributo a un repertorio bibliográfico italiano di Letteratura spagnuola (1890-1940)*, Firenze, 1941. Véase también el trabajo de Giuseppe Carlo Rossi, «Apuntes sobre bibliografía unamuniana en Italia y Alemania», en *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, Salamanca, 1952, III, págs. 13-16. Y las noticias que periódicamente se ofrecen en mi «Crónica unamuniana», de los *Cuadernos* citados: 1948, I; 1951, II; 1952, III; y 1953, IV.

²³ Carta de 5-III-1909, inédita.

Antología poética, que ordenó Carlo Bo, al año siguiente. A la introducción de la primera pertenece este juicio, que de haberlo conocido Unamuno, creo que le hubiese satisfecho: «Unamuno es poeta. No de vena amplia y fácil, sino más bien meditada y lenta, poesía enteramente personal, hecha de inquisiciones de sí mismo, de silogismos lógicos, de impresiones sentimentales convertidas en materia de pensamiento, que de un modo breve, fragmentario, espontáneo, pasaron al papel con aparente descuido». (No había dicho su autor en un soneto famoso: Siente el pensamiento? Piensa el pensamiento?)²⁴

Y tras de las poesías los ensayos, modalidad esta de su obra, bien conocida en Italia. Que se inicia con la traducción de la *Vida de Don Quijote y Sancho*, 1913, tarea de Beccari, que logró sendas versiones años más tarde: una de C. Cándida y otra de C. Carlos. Sigue la del *Sentimiento trágico de la vida*, casi coetánea a su publicación original en España, solo que en dos partes, la primera publicada en 1914 y la segunda en 1924, según el texto de Beccari reeditado en 1937. Que también dió a las prensas en 1920, bajo el poético título de *Il fiore dei miei ricordi*, las páginas autobiográficas de *Recuerdos de niñez y de mocedad*, libro capital para la comprensión de su autor, dos veces más reeditado en Italia. Y en 1926, hallándose Unamuno en París, se publica la versión italiana de la *Agonía del Cristianismo*, debida a A. Treves reeditada veinte años más tarde. No detallo los ensayos menores que han visto la luz en varias publicaciones italianas o formando libros completos. Citaré sólo dos de

²⁴ He aquí el detalle bibliográfico de las traducciones italianas de poesías de Unamuno «Nubi d' occaso», por Gilberto Beccari, en *Nuova Rassegna di Letterature Moderne*, 1908, VI, núm. 9-10, pág. 1203; y luego en *Poesía*, Rassegna internazionale diretta da F. T. Marinetti, Milano, 1909, V, Feb-marzo, núm. 1-2, pág. 52. El poema unamuniano había visto la luz en *La Lectura*, Madrid, 1908, VIII, núm. 92, agosto, págs. 413-415, y después fué incorporado al libro *Rimas de dentro*, Valladolid, 1923.

«Un diálogo filosófico e 5 poesie di Miguel de Unamuno. Ironía, Sátira Umor» em *Cronache Letteraria*, Roma, 1917, IV, núm. 8, agosto. (Las tituladas «Vizcaya, Sfida, Pero y Marichu, El Corazón de la ciudad e Hijo mío»). Versión de Gerardo Marone.

estos *Il segreto della vita*, (1924 y 1938), y *La sfinge senza Egipto*, traducido por Piero Pillepich, en 1925. No debe olvidarse que, como es lógico, los cinco ensayos de *En torno al casticismo*, fueron también puestos al alcance de los lectores italianos, con el mismo título que eligió Marcel Bataillon para su versión francesa; *L'essenza della Spagna* ²⁵.

En cuanto a la producción novelística tres obras grandes han pasado al italiano: *Niebla*, ya en 1921; *Paz en la guerra*, en 1952 y *Abel Sánchez*, en 1953, todas debidas a la mano de Beccari. Junto a ellas se alinean las versiones de alguna de sus novelas breves como *Tres novelas ejemplares*, traducida por Puccini en 1924, una de las cuales, *Nada menos que todo un hombre*, ha merecido los honores de otra nueva versión, además de ser reeditada la anterior. Y de la colección de relatos cortos que Unamuno tituló *El espejo de la muer-*

²⁵ He aquí el detalle bibliográfico de los ensayos traducidos al italiano:

Commento al Don Chisciotte, traducción de Beccari, Lanciano, Carabba, 1913, dos volúmenes. Otra versión de C. Cándida, Milano, Corbaccio, 1926; y una tercera de C. Carlo, Milano, Corbaccio, 1935.

Del sentimento trágico della vita, I Parte, traducción de G. Beccari, Milano, Milanese, 1914; II Parte, traducción de Beccari y Odoardo Campa, Firenze, La Voce, 1924. Segunda edición, Firenze, Rinascimento, 1937.

«Santa Teresa e Satana. (Divagazioni)», firmado en Salamanca, junio de 1920, en *Il Convegno*, Milano, julio, 1920. Traducción de «Fosco».

Il segreto della vita, traducción de G. Beccari, Firenze, La Voce, 1924. Segunda edición, en la misma editorial, 1938. (Colección de varios ensayos).

Il fiore dei miei ricordi, traducción de G. Beccari, Firenze, Vallecchi, 1920. Segunda edición, en la misma editora, 1947. (Es la versión de *Recuerdos de niñez y de mocedad*). La «Moraleja», de este libro se incluyó también en una *Piccola antología spagnola*, Firenze, Bemporad, 1926.

La sfinge senza Edipo, traducción de Piero Pillepich, Milano, Corbaccio, 1925. (Colección de ensayos unamunianos). Hay una segunda edición, cuyo detalle desconozco, y una tercera, con el título de *La tragedia dell vivere umano*, Milano, Dall'oglio, 1951, que contiene catorce ensayos.

L'agonia del Cristianesimo, traducción de A. Treves, Milano, 1928. Segunda edición, seguida de una réplica de Carlo Bo, Milano, Academia, 1946.

L'essenza della Spagna, traducción de Carlo Bo, Milano, Antonioli, 1945.

Della dignità umana ed altri saggi, Milano, Bompiani, 1946.

te, son varios, el primero de ellos ya en 1914, los traducidos al italiano ²⁶.

Finalmente, el teatro de Unamuno, ha llegado a los medios intelectuales de Italia por vía escrita, en las traducciones que realizó Beccari de la tragedia *Fedra* y del drama *La Esfinge*, en 1922, representado, pero no publicado éste en España, y eso que es la primera obra dramática de Unamuno, de la que ya le hablaba a Ganivet en 1898; y por vía oral, ya que una adaptación de *Todo un hombre*, según me informa Gilberto Beccari, que debió hacerla, fué representada en Roma por la compañía de Pirandello, en 1927 ²⁷.

²⁶ He aquí el detalle bibliográfico de las novelas y cuentos traducidos al italiano: «Bonifazio», traducción de P. Bartoletti, en *La Diana studentesca*, Firenze, 8-VI-1914. (Es uno de los relatos incluido en el libro *El espejo de la muerte*, (1913).

Perche esser così?, traducción de G. Beccari, Roma, Urbis, 1921. (Contiene la novela «Nada menos que todo un hombre», y ocho cuentos de la colección antes citada).

Questo è veramente un uomo, traducción de Mario Puccini, 1921. *Tutto un uomo*, seguida de dos cuentos más, Roma, De Carlo, 1949. *Un uomo tutto uomo*, versión de Blanca Ugo, en *Narratori spagnoli*, a cura di Carlo Bo, Milano, Bompiani, 1941, páginas 697-737.

Nebbia, traducción de G. Beccari, Firenze, Battistelli, 1922. Con un importante prefacio de Ezio Levi, titulado «Il romanzo d'un filósofo», artículo aparecido el año anterior en la revista *Nuova Antología*.

«L'assalto dell amore», traducción de Luigi Enrico Rezzo, en *La Rivista di Roma*, 1924, enero, número 1, páginas 37-43.

Trei romanzi esemplari, traducción de Mario Puccini, Milano, La Celerissima, 1924.

Pace nella guerra, traducción de G. Beccari, prefacio de Carlo Bo, Firenze, Vallacchi, 1952.

L'ultima leggenda di Caino, traducción de G. Beccari, Firenze, Dall'oglio, 1953. (Es la novela titulada *Abel Sánchez*).

²⁷ He aquí el detalle bibliográfico de las obras dramáticas traducidas al italiano:

La Sfinge, drama in tre atti, traducción de G. Beccari, con una introducción de F. Carlesi, Lanciano, Carabba, 1922.

Fedra, tragedia in tre atti, traducción de G. Beccari, con una introducción de F. Carlesi, Lanciano, Carabba, 1922.

Un vero uomo, comedia, Firenze, Nemi, 1932. (Es la de la adaptación dramática de esta novela de Unamuno, llevada a cabo por Julio de Hoyos).

De la producción unamuniana se han ocupado numerosos escritores y críticos italianos. Eludiendo una relación pormenorizada citaré los nombres más conocidos en España, comenzando por el de Giovanni Papini, que lo juzgó, dejando a un lado la literatura, como el espíritu más representativo de la España de nuestros días y que fué para él algo así como Carlyle para Inglaterra o Fichte para Alemania, porque supo aunar la disciplina moral del último y la dimensión lírica del historiador británico. Tal vez por eso, cuando Unamuno murió le dedicó un artículo titulado «Miguel de Unamuno e il segreto della Spagna». Y fueron varias las ocasiones en que se ocupó del escritor vasco. Otro de los que difundieron la figura y la obra de éste en Italia, fué Mario Puccini, a quien conoció personalmente cuando su visita al frente italiano, y del que recibió la visita en Salamanca, poco tiempo antes de que comenzase la guerra española de 1936. La novela de Unamuno ha sido estudiada, principalmente *Niebla*, por el hispanista Ezio Levi, que tituló su trabajo «*Il romanzo d' un filosofo*» 1921; y su teatro, en especial *Fedra*, fué comentado por Adriano Tilgher y Vittorio Cardinali en 1923; su filosofía por Michele Federico Sciacca— veinte páginas tituladas «*Miguel de Unamuno il cavaliere della fede folle*», en su libro *La filosofia, oggi*, 1945—; el conflicto trágico entre su alma y su pensamiento por Arturo Farinelli 1947; y la figura unamuniana genéricamente por Federico Giolli («*Unamuno é la vecchia Spagna*», 1909), Luigi Valli («*Unamuno é la morale eroica*», 1919), Giovanni María Bertini («*Miguel de Unamuno*», 1937) y Franco Meregalli («*Introduzione a Unamuno*», 1941).

Para más detalles sobre el teatro unamuniano y su difusión fuera de España, véase el prólogo de mi edición *Miguel de Unamuno. Teatro: Fedra, Raquel encadenada, Soledad y Medea*, Barcelona, Editorial Juventud, 1954.

Y en cuanto a la representación en Roma de la versión dramática de la novela *Nada menos que todo un hombre*, Gilberto Beccari, me ha facilitado la copia de una carta que le dirigió Pirandello desde Génova, el 28-I-1927, a la que pertenece este pasaje: «Caro Beccari: Come forse avrà saputo io ho già incluso nel cartellone della mia prossima stagione romana «*Todo un hombre*» di Unamuno».

La ininterrumpida y creciente difusión de los escritos unamunescos en Italia encuentra un clima muy favorable, de comprensión e inteligencia, en los nuevos autores y críticos, así como en los medios universitarios, a los que se ha presentado el año último una interesante tesis de Rómulo Runcini, titulada *Realtà e Ideale nel pensiero di Unamuno*, en la que analiza, entre otros interesantes aspectos, el del que llama el «intimismo unamuniano». Y no ha sido la única. La más reciente aportación de la crítica italiana al estudio de la figura y de la obra de Unamuno, de que tengo noticia, es una conferencia que sobre *L'esistenzialismo spagnolo di Unamuno*, pronunció en diciembre de 1953, en el Nuevo Cenáculo Florentino, el doctor Ferruccio Masini ²⁸.

AMIGOS ITALIANOS DE UNAMUNO. BENEDETTO CROCE

Cumpliendo lo que me había trazado, debo entrar ahora en la última parte de este trabajo. Varios han sido y son los italianos con los que Unamuno mantuvo estrecha amistad. Algunos han sido citados anteriormente. Por ejemplo Gilberto Beccari, benemérito y eficaz traductor de sus obras, posiblemente el que más ha hecho por que fuese conocida en Italia la figura del escritor español. No sé si llegaron a conocerse personalmente. Lo que sí me consta es que la aportación de Beccari al epistolario de Unamuno que estoy recogiendo es una de las más densas y numerosas. Más de cuarenta cartas conserva de él, cruzadas en los años comprendidos entre 1908 y 1929, poco más de veinte años y aún sigue ocupando un merecido primer puesto entre los unamunistas ita-

²⁸ La amplitud y vario carácter de los artículos y trabajos que la crítica italiana ha dedicado a la figura y a la obra de Unamuno, así como las reseñas suscitadas por la publicación de las traducciones antes indicadas, alargaría con exceso esta relación. Los trabajos citados en la nota 22 pueden servir de orientación a quienes se interesen por dicho detalle.

lianos. La amistad de antaño se ha convertido en el culto al amigo de hogaño. Y fué Unamuno quien escribió largamente sobre Beccari en las páginas del diario bonaerense *La Nación*, allá por 1910. Allí nos cuenta cómo el hispanista italiano —«para mí el más simpático de los hispanistas, dice, porque suele ser el menos *erudito*, en el mal sentido de esta palabra, el menos profesional»— pasó unos años de su juventud en el Chaco argentino como agricultor, y cómo después de recorrerlo y describirlo en artículos y libros del mayor interés, se trajo de allá el conocimiento de la lengua española que sigue siendo una de sus galas, y la afición, no desmentida luego, a la literatura española e hispanoamericana. De su labor unamuniana ya he dicho algo, y de su amistad con don Miguel nos hablan esas cartas que espero sean pronto del dominio público.

Otro de los amigos italianos de Unamuno es Mario Puccini. Ya dije cómo se conocieron cuando la visita de aquél al frente italiano, 1917, después de haber mantenido una relación epistolar que, iniciada tres años antes perduró, que yo sepa, hasta 1921; y otro, Adriano Tilgher, que al comentar la traducción italiana de *Recuerdos de niñez y de mocedad*, recibió de don Miguel esta valiosa opinión: «debo decirle que pocas veces, si es que alguna, he visto mejor interpretado mi sentimiento —no le llamo concepto— de la vida universal, mi *Stimmung*, como usted dice. Guardo su artículo con gratitud. Lectores así son los que quisiera siempre»²⁹.

También mantuvo Unamuno amistad y correspondencia epistolar con el hispanista italiano Ezio Levi, y de ella me he ocupado recientemente en otro sitio. Para trazarla me he valido de los testimonios que se conservan, sobre todo las cartas de éste al escritor español. No he tenido la misma fortuna con las de Unamuno dirigidas a aquél, que, según me comunican mis informantes se han perdido^{29a}.

²⁹ Carta de 1 VII-1920, inédita

^{29a} «Cartas inéditas de Ezio Levi a Miguel de Unamuno, en *Quaderni Ibero-Americani*, Torino, abril, 1954, Vol. II, núm. 15, págs. 426-431

Pero en mi deseo de concretar este ángulo del tema propuesto, elijo a un sólo escritor italiano, de excepcional valía, antes, deliberadamente no citado, en el que aspiro a resumir esta dimensión humana y cordial de lo que representó Italia para Unamuno. Me refiero a Benedetto Croce, dos años más joven que aquél, y fallecido recientemente. Algunas zonas de esta amistad, puramente epistolar pero trascendente, han sido sacadas a la luz, pero hay otras que bien merecen análogo destino. En el mes de mayo de 1911 creo que se inicia aquélla con una carta de Unamuno enviándole al filósofo italiano el prólogo que acababa de hacer para la traducción española de su *Estética* que llevó a cabo el escritor salmantino José Sánchez Rojas, antiguo estudiante de Bolonia. No empleó Unamuno esta versión, y como le indica a Croce, ha utilizado para su tarea el original italiano³⁰. Un reciente, breve y agudo trabajo de Carlos Clavería, titulado «Notas italianas en la «Estética» de Unamuno, ha valorado lo que representó este acercamiento suyo a la obra del filósofo napolitano. «Unamuno—escribe—debió encontrar, es verdad, en las páginas de la *Estética* motivos para reafirmarse en la importancia de una crítica artística que interpreta y recrea («pues criticar es renovar», observa Unamuno en su prólogo)». También debió encontrar en este libro un sentimiento de liberación, una nueva aptitud para examinar y examinarse por dentro, observa Clavería, pues «entiéndase—añade—que para Croce la expresión es, ante todo, expresión interior antes de ser comunicada»³¹. Y algún reconfortante aliento en la crítica crociana que combate la superstición de los géneros literarios.

En un orden, personal y literario a la vez, deben ser citados éste y los testimonios que van a seguir. Unamuno le confiesa a

³⁰ B. Croce *Estética como ciencia de la expresión y lingüística en general*, 1912. Hay una segunda edición, corregida y aumentada con arreglo a la quinta edición italiana, por Angel Vegue y Goldoni, Francisco Beltrán, 1926. Ambas llevan el prólogo que Unamuno escribió para la primera, fechado en Salamanca, en junio de 1911.

³¹ Carlos Clavería, *loc. cit.*, pág. 126.

Croce que no conocía muy bien su obra antes de leer la *Estética*, y le escribe en estos términos: «Le he quedado aficionadísimo. Le debo no pocas enseñanzas y más sugerencias. Gracias por ello». Una de estas sugerencias ha sido la lectura de Francesco De Sanctis, al que se propone erigir Unamuno en guía para su acercamiento a la literatura clásica italiana. Y en cuanto a su prólogo al libro de Croce, esta afirmación: «Mi prólogo—le dice—es, como verá, de uno que se precia más de artista que de filósofo y más de español que de europeo ³²».

Esta carta motivó una magnífica respuesta del filósofo italiano, y que puede leerse al final del prólogo unamuniano, en el que sólo se omiten las manifestaciones de tipo personal, muy favorables para Unamuno, por cierto, según he podido comprobar, y en cuya postdata le da una curiosa noticia, La de que casi por los mismos días que Unamuno hacía su peregrinación italiana, en 1889, Croce visitaba Salamanca.

Pero vengamos al motivo central de esta carta de Croce, pues aunque es texto publicado, no parece se haya parado mientes en él. En el capítulo XIII de su *Estética*, dedicado a los autores alemanes menores, se refiere a Krause, al que juzga un manipulador de manuales y sistemas, en estos términos: «De éstos casi ninguno tuvo eco fuera de su nativo país germánico, (solamente Krause fué importado a la siempre desventurada España)». Su autor le dice a Unamuno que es una *boutade* propia del carácter juvenil de esta obra suya, publicada en 1900, le precisa lo que con ella quiso decir entonces y lamenta haberla empleado. «En la nueva edición que se prepara de la *Estética*, quitaré esa frase; pero no es posible quitarla de la traducción española, porque suprimiría algunas páginas de su bella introducción. Prefiero, pues, que quede a los ojos de todos mi *pecado*, para que no falten esas páginas de *castigo*. Le

³² Carta de 23-V-1911, inédita. Un par de años antes de la muerte de Croce, tuve la fortuna de lograr de él la copia fidedigna de las cartas que Unamuno le escribió.

rogaría, sin embargo, que añadiese una nota advirtiéndolo, por cuenta del autor, que se trata de una frase en broma, dicha por accidente, y sin darle demasiado valor, y que Croce, antes de llegar a ser, a hacerse escritor de Filosofía y de Estética, era conocido como hispanófilo, y había publicado muchos estudios de erudición española. Tal es la verdad»³³. La réplica de Unamuno fué, y antes se la comunicó a Croce, insertar esta carta al final de su prólogo—que por eso figura firmado en junio—y añadir unas consideraciones suyas defendiendo la permanencia de tal frase crociana en la versión española, «por haber dado lugar—escribe—a esta nobilísima carta en que resplandece todo el sereno espíritu del ilustre filósofo napolitano». Y del hispanismo de éste se ocupó, y bien por extenso, más adelante.

Varias cartas más se cruzaron entre ambos escritores con peticiones y envíos mutuos de sus libros, y así llegamos a 1916 en que aparece el excelente libro de Croce titulado *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*, al que dedicó Unamuno dos extensas correspondencias en *La Nación* de Buenos Aires³⁴. Y como anticipo y promesa de ellos, esta carta que ahora doy a conocer: «He leído ya, y con gusto y provecho sus ensayos, que ha tenido la fineza de enviarme. Me ha complacido mucho la serenidad tan justa de sus juicios sobre nuestro pueblo español. Pienso escribir a mi público sobre este su libro y comentarlo a mi modo, sobre todo la *Conclusioni*, lo que tan bien dice de la decadencia hispano-italiana. Me es muy sugestivo lo de que la influencia española fuese bárbara en el sentido viquiano de «barbarie generosa», sentido que comprendo gracias a usted que me ha hecho leer y estudiar a

³³ Carta de Benedetto Croce a Unamuno, de 5-VI 1911, inédita.

³⁴ Las titulé «Italianos y españoles en el Renacimiento», la primera y «La decadencia hispano italiana», la segunda; fechadas ambas en Salamanca, en noviembre de 1916. Vieron la luz en *La Nación*, Buenos Aires, el 21-XII-1916. y el 1-I-1917. Los he incluido en mi edición *De esto y de aquello*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, tomo I, 1950, págs. 53-68. También figuran en *Obras completas*, Madrid, A. Aguado, tomo V, 1952, págs. 65-80.

Vico, habiéndomelo descubierto. Y su libro nos llega en el mejor tiempo, en estos años trágicamente turbios en que lo que más falta hace es que los pueblos aprendan a conocerse a sí mismos y unos a otros. Por mi parte hago esfuerzos porque aquí, en España, se desconozca menos y se juzgue mejor a esa noble Italia de que tanto aprendieron nuestros abuelos cuando la señorearon con sus armas»³⁵.

La correspondencia de Croce y Unamuno llega, por lo que se me alcanza, hasta 1921, en que aquél le pide alguna información sobre Fernán Caballero, para utilizarla sin duda, en un trabajo que vió la luz al año siguiente en su revista *La Critica*. Creo que ambos lograron un mutuo y acertado conocimiento de sí mismos. Unamuno, al menos, supo ver en Croce la dimensión humana de su figura, y así se lo descubre cuando recibe el *Contributo alla critica di me stesso*, cuya lectura le sugiere este juicio: «Me interesa muchísimo. Es el hombre, el espíritu, lo que encadena mi atención y mi afecto intelectual, el *amor intellectualis* spinoziano»³⁶. Y Croce debió buscar a Unamuno preferentemente en sus vibrantes y dramáticos *Ensayos*, de los que le habló Farinelli, y cuyo envío interesa de su autor.

* * *

Esta es, en rasgos sumarios, no sé si acertados, el tema que acabo de exponer. La historia de Unamuno, al que, para proclamada satisfacción suya, tan bien ha llegado a conocer Italia. Para dar remate a estas palabras no encuentro otras mejores ni más autorizadas, que las que el propio don Miguel escribió a Croce en 1911: «Guardo a Italia una gratitud, y es que es ahí, fuera de esta mi patria y de la América española, donde más amigos me ha procurado mi labor literaria, y es de ahí, de Italia, de donde más vo-

³⁵ Carta de 26-X-1916, inédita.

³⁶ Carta de 13-VIII-1918, inédita.

ces de aliento he recibido». Unidas a otras voces lejanas y amigas, algunas enumeradas por él mismo, como las de Dante, Bruno, Savonarola, Mazzini, Leopardi, de todos los grandes apóstoles religiosos, aunque fuesen de la desesperación, como Leopardi, de las que supo recojer fuerzas y luces³⁷.

MANUEL GARCIA BLANCO

Universidad de Salamanca.

³⁷ El tema de Italia y Unamuno ha sido abordado en los siguientes escritos de autores españoles, según mis noticias: cuatro de Ramón Ledesma Miranda, en el diario *Arriba*, de Madrid. El primero se titula «Tecnólogos», y se publicó el 25-II-1945; lo motiva un ensayo de don Miguel, «La erudición y la crítica», y comenta su relación con Carducci, desde un punto de vista filológico; el segundo lleva por título «Horas italianas» y vio la luz el 21-X-1945. A él pertenecen estos pasajes muy certeros: «Como en tantos aspectos vitales de la cultura europea (sin la limitación del tiempo y la moda pasajera), la curiosidad de la Italia moderna la debemos, en gran parte, al inolvidable maestro don Miguel Unamuno... Unamuno recitaba pasajes del Dante, poesías de Leopardi y de Carducci—algunas de las cuales tradujo primorosamente, versos de Pascoli. Unamuno nos dió a leer a Verga y a Fogazzaro... En verdad la Italia que amaba Unamuno, por no sé que extrañas analogías en el gusto, en la afición a la filología y en la idea civil y laica del Estado, era la Italia en lucha por el «risorgimento», la de Cavour y la de Mazzini, la que se desliza sombreada de cipreses y laureles arcádicos, en la amarga vena fluvial de Leopardi; la Italia revolucionaria y patriótica que revive en los versos de Carducci y guarda el fuego de una subversión convencional en el mausoleo de una estrofa lapidaria. Ent-e el viejo profesor de Bolonia y el joven catedrático de Salamanca hubo, sin duda, una comunidad de amores y cultos secretos. Nosotros tuvimos noticia por don Miguel del movimiento italiano de «La Voce», que llena los tres primeros lustros del siglo XX, hasta la sangrienta aurora de la primera guerra mundial, y que después del armisticio se repliega, se hace conservador y tradicional. A Salamanca llegaban los números de *Leonardo* y de *La Voce*... etc». También recibió con notable periodicidad,—añadiríamos—la revista *Coenobium*, en la que se abordaban temas de orden religioso que inquietaban a la Europa de an.eguerra; y no omitiremos la mención de un curioso y olvidado escrito unamuniano, aparecido en el número-homenaje que la revista romana *Garibaldi*, dedicó al héroe italiano—*Sol del tuo nome armato e cinto*, que cantó el poeta—con motivo del primer Centenario de su nacimiento, en 1907.

El tercer escrito de Ledesma Miranda, se titula «Pueblos análogos y distin-

tos», y se publicó el 6-V-1948. En el que repite algunos conceptos del artículo anterior, refiriéndose a la curiosidad unamuniana por las letras de Italia; en los que insiste y amplía, pocos meses más tarde, en el titulado «Curiosidad por la Italia moderna», aparecido el 25-XI-1948, con motivo de la visita a España de Papini.

Finalmente, Eugenio Montes, en un escrito que publicó en el mismo diario madrileño *Arriba*, el 21-IX-1945, bajo el título de «A Italia lo que es de Italia. La Venecia Julia» recuerda el paso de Unamuno por la región del Cadore, no en un viaje juvenil, sino en el que llevó a cabo, como hemos visto, en septiembre de 1917.

Quede aquí constancia de esta aportación al tema que hemos desarrollado en este trabajo. Que de lado italiano pudiera completarse con la traducción de una de las correspondencias de Unamuno a *La Nación*, de Buenos Aires, aparecida con el título de «La gesta d'Italia giudicata de Michele de Unamuno», el día 4 de julio de 1915—dos años antes de su visita al frente italiano, en el periódico bonaerense *La Patria degli Italiani*; y con un artículo de Mario Puccini titulado «Figure e incontri: Miguel de Unamuno», que apareció en *Il Messaggero della Domenica*, de Roma, el 16-II-1919, en el que se refiere al segundo viaje del escritor español a Italia.